

José Hilario López, libertador de los esclavos

Escribe: FERNANDO SERPA FLOREZ

José Hilario López nació en Popayán, en 1798. Su vida, como prócer de la independencia, como guerrero, como estadista, como presidente de Colombia, tiene proyecciones dilatadas sobre la historia patria. Fue "el libertador de los esclavos" y bajo este dictado honrosísimo se lo recordará siempre.

Aún no existe una biografía completa de este gran hombre, lo que sería de extraordinario interés, para que la posteridad tenga un concepto claro de acontecimientos relativos a parte muy importante de nuestro pasado siglo.

Del general José Hilario López existen sus **Memorias**, verdadera curiosidad bibliográfica, de la que hay dos ediciones. La primera, publicada en París en 1875 y, la segunda, en 1942, durante el gobierno de Eduardo Santos, por la "Biblioteca Popular de Cultura Colombiana". Pero, como quiera que dicha autobiografía la terminó de escribir el prócer en 1840, en ella faltan los acontecimientos posteriores a esta fecha, que son de

importancia capital, ya que de 1849 a 1853 ocupó la presidencia de la república; en 1854 colaboró en el derrocamiento de la dictadura de Melo y, durante la convención de Rionegro, en 1863, hizo parte de la junta de gobierno elegida por dicha convención, en calidad de ministro de Relaciones Exteriores, a más de que sus intervenciones durante ella fueron trascendentales.

El general López escribió en París un folleto titulado **Para la historia** en que refiere acontecimientos acaecidos en el lapso de 1840 a 1854 (según él mismo lo dice en el prólogo de sus **Memorias**) y por información de sus descendientes, sabemos que el ilustre expresidente escribió una segunda parte de sus **Memorias** que abarcaría el lapso de su vida a que nos estamos refiriendo y que, posiblemente, se conserva en la hacienda "Piravante", del Huila, donde vivió sus últimos días.

Hecho capital del gobierno de José Hilario López fue la abolición absoluta de la esclavitud, en virtud de la ley que en tal sentido presentó a la consideración del

congreso como presidente de la república, que aquel aprobó el 21 de mayo de 1851 y que comenzó a tener efecto a partir del 1º de enero de 1852.

La aprobación de esta ley fue la culminación del esfuerzo, iniciado por Bolívar y José Félix de Restrepo, al lograr la aprobación por el congreso del Rosario de Cúcuta, en 1821, de la libertad de los hijos de las esclavas. Sin embargo, contó con la acerba oposición de esclavistas interesados, como don Julio Arboleda, quien a más de impetuoso caudillo, tenía el negocio del tráfico de negros, como lo informó al congreso de 1852 don José María Plata y como lo afirma don Gregorio Hernández de Alba, en frase que transcribimos:

“Hay una escritura fechada el 23 de abril del año mencionado (1847) en Buenaventura, por la cual Julio Arboleda vendió a Pablo del Solar, para ser conducidos al Perú, noventa y nueve esclavos, con los que iban ciento trece muchachos, hijos de algunos de aquellos, que eran libres. El negocio se hacía secretamente, pero la vida tiene coincidencias extrañas: en ese mismo tiempo regresó de servir a la república en el Istmo el general José Hilario López cuyo nombre iba a cobrar la gloria de libertar esclavos; en una posada del puerto visita Arboleda a su paisano y amigo “quien le preguntó qué hacía allí con tantos negros y le respondió que iba a conducir una maquinaria muy pesada para montar un ingenio de azúcar en su hacienda de La Bolsa...”

López, enterado de la verdad, trató de poner trabas legales, a fin de que solo se exportasen los negros viciosos, de acuerdo con el congreso de 1843, y al seguir para

Cali encontró en el camino partidas de negros de todo sexo y edad, que eran conducidos al puerto por guardias nacionales de Caloto”. Arboleda era esclavista, como los Mosqueras. Y en el congreso de 1852 impugnaron la ley de la libertad de los esclavos, Manuel María Mallarino (quién lo creyera, en el ecuánime estadista), Antonino Olano, Juan Antonio Pardo, Miguel W. Angulo y Serafín Bucheli entre los más notables.

A más de la libertad de los esclavos, que se adelantó en trece años a la emancipación de Lincoln, durante el gobierno de José Hilario López se establecieron los jurados populares. Y desde el punto de vista del desarrollo cultural, se inició la Comisión Corográfica (bajo la dirección de Agustín Codazzi) que estudió la geografía patria y fue a manera de prolongación, por sus proyecciones y frutos, de la Expedición Botánica. También declaró la región de San Agustín parque nacional y ordenó la iniciación de los estudios arqueológicos de ese interesante territorio, cuyos monumentos y esculturas pre-colombinos constituyen el enigma dejado por una asombrosa civilización desvanecida.

Los acontecimientos más controvertidos de su gobierno fueron la expulsión de los jesuitas y el extrañamiento del país del arzobispo Mosquera. Lo primero, fue en realidad la ejecución de una medida dictada por el congreso de entonces, en que se observó el antecedente histórico-jurídico de la expulsión ordenada por don Carlos III en su tiempo. El destierro del noble arzobispo —que fue su condiscípulo en la escuela primaria— debería estudiarse también a la luz de los sucesos de la época, tenién-

dose en cuenta que en nuestra legislación de entonces se contemplaba la dura pena del destierro. Lo que unido a las pasiones exacerbadas de aquellos días, explicaría —sin justificarla— tal medida.

Pero en general, su obra, tan progresista, tan humanitaria, tan grande, confirmó el buen criterio que para tal posición lo señaló. Y comprobó “a posteriori” que la histórica elección del templo de Santo Domingo, fue acertada.

Hay un hecho que debe aclararse cuando se hable de la elección del 7 de marzo de 1849. Y es el de que López ya había obtenido la mayoría en las elecciones populares sobre sus contendores Rufino Cuervo y José Joaquín Gori. Y recordar cuál era la situación política y social que imperaba en 1849.

En lo político gobernaba el general Tomás Cipriano de Mosquera en representación, entonces, del partido conservador. Hombre absolutista, había sucedido en la presidencia a su yerno el general Pedro Alcántara Herrán. Las tendencias de avanzada clamaban por reformas económicas y sociales. Y exigían el reconocimiento del veredicto de las urnas para acabar con el régimen colonial.

El partido de gobierno se presentó dividido con dos candidatos: Rufino Cuervo, a la sazón vicepresidente de la república y José Joaquín Gori. Ninguno de los dos tenía arraigo popular. Y la reaccionaria Constitución de 1843, puesta en vigor con el egolátrico personalismo de Mosquera, hacía que el país reclamara, apasionadamente, reformas.

Las urnas dieron la mayoría al partido liberal, cuyo candidato era López. Pero como no fue esta una mayoría absoluta —según lo disponía el régimen electoral— correspondió al congreso en pleno perfeccionar la elección.

La actitud de Mosquera, en quien cualquier jugada era previsible y las habilidosas maniobras de que todos sospechaban, hicieron que el pueblo permaneciera alerta, en especial las llamadas sociedades democráticas, organizaciones de gremios populares que don Lorenzo María Lleras dirigía con gran talento.

En el templo de Santo Domingo (que quedaba situado en la hoy carrera 7ª entre calles 12 y 13, acerca occidental) en Bogotá, se reunió el congreso en pleno para perfeccionar la elección de presidente de la república.

Eran 84 los diputados que debían consignar su voto y, en un ambiente de gran tensión y de discursos encendidos se hizo la primera elección y se procedió a hacer el escrutinio, que dio el siguiente resultado: por López, 37 votos; por Cuervo 37 y por Gori, 10.

Una nueva elección, en vista de tal hecho, dio a Cuervo 42 votos, a López 40 y, en blanco dos. La tercera votación, en busca de una mayoría absoluta, dio a López 42 votos, a Cuervo 39 y tres votos en blanco.

Las barras que estaban introduciendo demasiado ruido, fueron despejadas. El ejército redobló las garantías. Y, en este ambiente, se realizó la última definitiva votación, obteniendo en ella José Hila-

rio López la mayoría absoluta, con 45 votos. Don Rufino Cuervo obtuvo 39 votos.

Factor del triunfo, en gran parte, fue Manuel Murillo Toro, quien captó los votos Goristas para López, con lo que se logró la victoria de la democracia, ya que se refrendó así lo que había decidido el pueblo antes, en las urnas.

El voto de Ospina en esa ocasión: "Voto por López para que no se asesine el congreso", siendo él partidario de Cuervo, constituye la medida de su alma. Sus panegiristas dicen que con ello pretendía manchar la legalidad de la elección. El voto de Gutiérrez Vergara, por Cuervo, con la frase: "Los deberes no se renuncian", fue más valeroso. Y más digno.

El general López, el 7 de marzo, se hallaba en el Tolima. Después de la elección viajó a Bogotá. En su favor contaba con su conducta sobria y recta. Una gran honradez y sentido de la justicia. Y, desde luego, un inmenso respaldo popular.

Su primer gabinete estuvo integrado por Francisco Javier Zaldúa, Manuel Murillo Toro, Tomás Herrera y Victoriano de Diego Paredes, de los cuales, los tres primeros fueron, posteriormente, presidentes de Colombia.

Durante la meritoria vida, dedicada al servicio de la patria, don José Hilario López adquirió todos los grados del escalafón militar en el campo de batalla. Bolívar lo ascendió a capitán. Santander a general. Fue designado a la presidencia en 1846 y 1853. Senador y representante en varias ocasiones.

Presidente del Estado del Tolima, creado por Mosquera en reconocimiento a su actuación en la revolución contra Mariano Ospina Rodríguez. Gobernador de las provincias de Bogotá, de Cartagena y del Azuay. Y encargado de negocios en Roma, en 1838.

En su vida privada fue un hombre bueno, enérgico y gran trabajador. Poseedor de una fortaleza física extraordinaria, que le permitió sobrevivir las penalidades de las campañas libertadoras y de la prisión; como creador de riqueza en el actual departamento del Huila, se conservan las grandes haciendas que él fundó en las épocas que estuvo alejado de la política y a las que consagró los últimos años de su vida: "Piravante" y "La Boyos".

El general López fue casado dos veces. De su primera mujer, doña Rosalía Fajardo, no tuvo hijos. Su segunda esposa fue la ilustre dama de Neiva doña Dorotea Durán Buendía, con quien contrajo matrimonio en 1833, a los 35 años de edad. Tuvo cuatro hijos: Lucrecia, quien casó con Máximo Lorenzana; Washington quien murió muy joven; Ricaurte, casado con Susana Borrero (sin descendencia) y Policarpa, la hija menor, nacida en el Palacio de San Carlos, en cuyo honor el general López sembró el cedro que aún adorna la casa de los presidentes, quien contrajo matrimonio con don Hermógenes Durán.

Era el general López hombre vigoroso, de elevada y arrogante estatura, en cuyo fornido cuerpo resaltaba el tronco. La tez era blanca y los ojos azules, semicubiertos en su parte externa por los

párpados. Una barba poblada y muy hermosa daba majestad al semblante, de noble frente despejada.

El carácter de don José Hilario López, franco, sincero y firme, muchas veces impetuoso, se refleja en los distintos momentos de su vida. Desde cuando, a la edad de trece años, el mayor de seis huérfanos, riñe con su curador, que administra la herencia inescrupulosamente y, como él mismo lo dice en sus **Memorias**: "Preferí el ímprobo trabajo de aprendiz de herrero a la necesidad de mendigar un pan para no morir de hambre ni dejar morir a mi madre ni hermanos". O, cuando, luego de la derrota de Nariño, es quintado para ser fusilado en el mismo día que Cabal, por orden de Sámano, salvándose de la muerte cuando ya estaba vendado ante el pelotón que lo iba a ejecutar. Cuando recorre, encadenado, el duro camino de Popayán a Santa Fé. O cuando debe presenciar, forzado, el sacrificio de La Pola. Su amistad sin sombra con Obando y la lucha a su lado, contra el mismo Bolívar, cuando este se hizo dictador y buscaba ahogar en sangre a sus opositores, después del atentado septembrino. cuando desafia a duelo a sable desnuda a besar los pies del Papa, Cuando no hinca la rodilla, y se como era el protocolo entonces. O rante la Convención de Rionegro, al gran general Mosquera, quien, ensoberbecido por el triunfo que derrocó al gobierno de Mariano Ospina Rodríguez, en la única revolución contra un gobierno legítimo que hasta ahora ha triunfado en Colombia, se mostró insolente. Desafió que don Tomás Cipriano no aceptó, concedor del arrojito de don José Hilario, de quien había sido enemigo mortal, con orden de

Bolívar de pasarlo por las armas (la misma suerte que después corrió Córdoba) cuando aquel se levantó en el Patía y Pasto.

Don José Hilario López nació en una casa que aún se conserva en Popayán, situada en lugar principal de la histórica ciudad, el 18 de febrero de 1798.

Fue su padre don José Casimiro López, oficial de cruzada y su madre doña Rafaela Valdés y Fernández de Córdoba. Su abuelo paterno, Juan Antonio López, era de Torrijos, en Toledo (España) y contrajo matrimonio con doña Manuela Hurtado, descendiente de conquistadores, como que entre sus antepasados estaban los Hurtado del Aguila, los Lasso de la Vega y los Mosquera Figueroa. Precisamente un séptimo abuelo de don José Hilario, fue el español Francisco Mosquera Figueroa, gobernador de Popayán en el siglo XVII, hermano del primer ascendiente, llegado a América, de los Mosqueras, llamado don Cristóbal.

Entroncaba su linaje, pues, con antiguas y nobles raíces criollas y españolas, que fueron grandes allende y aquende el mar: con el inca Garcilaso y con el poeta soldado Garcilaso de la Vega. Con el primer duque de Alba, con don Guzmán el Bueno y con el almirante mayor de Castilla.

Sus abuelos maternos fueron don Francisco Luis Valdés y Campero y doña Josefa Fernández de Córdoba y Valencia.

Por todos los costados, pues, tenía claros timbres, orgulloso ancestro, que durante la guerra de la emancipación lo hubieran debido colocar del lado de la Corona, como lo estuvieron don Joaquín

Mosquera y Figueroa, su hermano, don José María (el padre de Tomás Cipriano, Joaquín, Manuel María y Manuel José) y don José María Obando. Pero, al igual que muchos otros criollos de Popayán, su concepto de la equidad, de la justicia, de la libertad y de la independencia, lo llevaron a empuñar las armas para forjar una patria.

Su muerte acaeció en Campoalegre, Huila, a los 71 años de edad,

en 1869. Y sus restos, a los que la iglesia negó sepultura cristiana, no tienen una lápida que indique el lugar donde reposan. Confundidos con la tierra colombiana, a la que amó entrañablemente "el libertador de los esclavos", y que ayudó a libertar, sus cenizas fecundan la suave tierra de la patria, vuelan con el polvo que sopla el viento de los ardientes llanos del Tolima Grande y suben con la savia de los grandes árboles, cuya sombra da reposo al peregrino.